



Comentario bibliográfico

Rafael Rojas, *El árbol de las revoluciones. Ideas y poder en América Latina* (Madrid: Turner Noema, 2021).

Agustín Orsi

*Universidad Nacional del Noroeste de la Provincia de Buenos Aires /
Instituto Superior de Formación Docente N° 129*

orsiagustinhistoria@gmail.com

Fecha de recepción: 04/11/2025

Fecha de aprobación: 18/03/2026

En un texto publicado originalmente en el año 1963, Eric Hobsbawm planteó que no había región más revolucionaria que América Latina. Con ello se refería, entre varias cuestiones, a lo que por entonces era su realidad sociopolítica, pero también a las particularidades que engendraba, al punto de advertir que muchos de los conceptos y estándares que se utilizaban con claridad y frecuencia para el análisis de la realidad europea se tornaban inaplicables para ella.¹ En efecto, el continente latinoamericano ha sido escenario de una multiplicidad de cambios revolucionarios a lo largo de toda su historia; desde los que provocaron la independencia del dominio europeo a inicios del siglo XIX hasta los que por diversas motivaciones se sucedieron a lo largo de todo el siglo XX. Ellos son parte de los procesos

¹ Eric Hobsbawm, “América Latina: no hay región más revolucionaria”, en *¡Viva la revolución!*, (Buenos Aires: Crítica, 2018), 51-58.

que han llevado a que se materializara esa advertencia de Hobsbawm, de que muchos términos de uso habitual en el mundo occidental no se presentan lo suficientemente adecuados para describir y comprender sus diversas realidades. En los últimos años, la historiografía ha dado cuenta de todos ellos con una innumerable cantidad de producciones que se adentraron en casos y lugares específicos y otras que adoptaron miradas de conjunto y de largo plazo, como pueden ser los clásicos trabajos de Tulio Halperin Donghi,² Leslie Bethell³ y Fernando Mires,⁴ o el más reciente de Marta Bonaudo, Diego Mauro y Silvia Simonassi,⁵ todos los cuales han servido para hacerse de una mirada integral sobre las particularidades del continente americano.

El árbol de las revoluciones. Ideas y poder en América Latina se inserta dentro de esas producciones y se destaca por indagar sobre cómo el propio concepto de revolución fue utilizado, interpretado y debatido a lo largo del siglo XX por muchos de sus referentes políticos e intelectuales. Escrito por el historiador cubano Rafael Rojas, quien se desempeña como docente e investigador de El Colegio de México y es reconocido como autor de importantes obras para la comprensión del proceso revolucionario de su país y del mundo cultural e intelectual que se desarrolló en América Latina en torno a él,⁶ el libro adopta, en cierta medida, herramientas interpretativas que pueden identificarse como provenientes de lo que se conoce como la historia conceptual, la *Begriffsgeschichte* desarrollada por el historiador alemán Reinhart Koselleck, según la cual los conceptos no son portadores de significados unívocos, sino que son términos con sentidos densos y complejos constituidos a lo largo de la historia y, por ende, sujetos a diversos usos y significados en función de sus contextos.⁷ Desde ese lugar, Rojas analiza lo que considera la configuración de una tradición revolucionaria que se habría desplegado entre los años 1910 y

2 Tulio Halperin Donghi, *Historia Contemporánea de América Latina*, (Buenos Aires: Editorial Alianza, 2005 [1967]).

3 Leslie Bethell, ed. *Historia de América Latina* (16 volúmenes), (Barcelona: Crítica, 1991-2002).

4 Fernando Mires, *La rebelión permanente. Las revoluciones sociales en América Latina* (México D.F.: Siglo XXI editores, 1988).

5 Marta Bonaudo, Diego Mauro y Silvia Simonassi, *América Latina entre la reforma y la revolución: de las independencias al siglo XXI*, (Madrid: Editorial Síntesis, 2020).

6 Entre ellas pueden destacarse Rafael Rojas, *Historia mínima de la Revolución Cubana* (México D.F./El Colegio de México: Turner, 2015) y Rafael Rojas, *La polis literaria. El Boom, la Revolución y otras polémicas de la Guerra Fría* (Madrid: Taurus, 2018).

7 Para adentrarse en las características que hacen a esta concepción historiográfica, ver Reinhart Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos* (Barcelona: Paidós, 1993).

1980 atravesada por dos grandes ciclos: el impulsado por la Revolución Mexicana durante la primera mitad del siglo y el influenciado por la cubana en la segunda. Para ello, también retoma los modelos que E. P. Thompson utilizó para referirse a las revoluciones modernas, las “cataclísmicas” y las “evolutivas”, para sostener que en el siglo XX ambas tuvieron lugar en el continente.⁸ Las que fueron el resultado de insurrecciones armadas que emprendieron cambios de gran profundidad, como la mexicana, la cubana y la nicaragüense, y las híbridas y gradualistas, como las encarnadas por los llamados populismos clásicos y la de Salvador Allende en Chile. Ello le permite afirmar que esa misma tradición no fue lineal ni homogénea, pero que puede identificarse en los discursos y las prácticas de sus impulsores, “en buena medida por el sentido de pertenencia a una historia común (...) y la certidumbre de formar parte de proyectos que trascendían el ámbito nacional y se confundían con la propia historia latinoamericana y caribeña” (p. 8).

Para organizar su estudio y exponer sus principales argumentos estructura el libro en tres partes. En la primera incluye tres capítulos en los que analiza el quiebre que supuso el proceso revolucionario en México y las posteriores influencias que generó en intelectuales, partidos y procesos políticos de toda la región vinculados con el amplio y heterogéneo mundo de las izquierdas. En el capítulo 1, titulado “Los últimos republicanos”, se concentra en las transformaciones que sufrieron los conceptos de república y revolución entre finales del siglo XIX y comienzos del XX a través del análisis de cinco líderes de la región: el cubano José Martí, el brasileño Ruy Barbosa, el colombiano Carlos Eugenio Restrepo, el mexicano Francisco I. Madero y el argentino Hipólito Yrigoyen. Desde su perspectiva, estos son los iniciadores de un proceso de transformación política que fue dejando paulatinamente de lado aquellos sustentos jurídicos liberales que se habían centrado en el individuo como sujeto de derecho para ir conformándose una propuesta de carácter orgánico; es decir, que incorporaba al repertorio de garantías jurídicas a actores colectivos, tales como la nación, los pueblos, los campesinos y los obreros. Para el autor, el proceso iniciado en México precipitó ese quiebre y, a la vez, marcó el comienzo de un ciclo

8 Edward Palmer Thompson, *Democracia y socialismo* (Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana/CLACSO, 2016), 353-357.

revolucionario que se extendería por varias décadas y marcaría las ideas y acciones de otros tantos referentes políticos e intelectuales de todo el continente.

En el capítulo 2, “Haya, Mella y la división originaria” reconstruye las confluencias iniciales del aprismo y el comunismo para luego concentrarse en las razones que llevaron a su definitiva ruptura a partir del análisis de las figuras del peruano Víctor Raúl Haya de la Torre y del cubano Julio Antonio Mella. En este punto su argumento central gira en torno a razones de índole geopolítica al considerar que la institucionalización de la revolución mexicana, y fundamentalmente la rusa hacia finales de la década de 1920, intensificaron sus respectivas presencias en tierras americanas generando profundos debates entre muchos de sus referentes. El choque entre Haya de la Torre y Mella es el caso que utiliza para demostrar la difícil convivencia entre las izquierdas nacionalistas y comunistas en el continente americano.

Para cerrar esta primera parte, en el capítulo 3, “Mariátegui y la revolución socialista”, se concentra en la figura del intelectual peruano José Carlos Mariátegui y en el impacto que tuvieron la Revolución Mexicana y la creciente influencia del comunismo soviético en sus reflexiones en torno a las posibilidades de una revolución socialista en América Latina, así como en sus reposicionamientos teóricos durante los últimos años de su vida. A través de él muestra los efectos que tuvo en el continente la reorientación de la estrategia comunista en los años treinta para luego enfocarse en el fortalecimiento de las izquierdas más cercanas al nacionalismo, el populismo y las diversas modalidades de socialismo.

En la segunda parte, el libro reúne los siguientes cuatro capítulos y profundiza su análisis, precisamente, sobre los regímenes políticos e intelectuales de los que llama “nacionalismos revolucionarios” y “populismos clásicos y cívicos”. De hecho, en el capítulo 4, titulado “Variantes del nacionalismo revolucionario”, se aboca a los procesos liderados por Augusto César Sandino y Agustín Farabundo Martí en Nicaragua y en El Salvador, y por Antonio Guiteras en Cuba en la década de 1930. En ellos trata de dilucidar sus motivaciones ideológicas y las razones que podrían explicar sus respectivos fracasos. En los primeros, y más allá del evidente apoyo mexicano, considera que los contrapuntos entre sus líderes fueron decisivos. Mientras Sandino era un ferviente nacionalista, Martí tenía una postura ligada al marxismo-leninismo que no les permitió

articular un movimiento conjunto. Por su parte, Guiteras estuvo involucrado en un amplio movimiento social y político contra la dictadura de Gerardo Machado planteando la posibilidad de desarrollar un “Estado Socialista” de corte nacionalista en consonancia con la versión cardenista de la Revolución Mexicana. En aquel contexto, estas propuestas fueron vistas como una amenaza, tanto para la izquierda comunista como para la derecha liderada por Fulgencio Batista, al punto que terminaría muriendo en un choque armado contra las fuerzas de este último.

En el capítulo 5, “Dos intelectuales del populismo clásico”, analiza a dos referentes ligados a Getulio Vargas en Brasil y a Juan Domingo Perón en Argentina. Ellos son, respectivamente, Almir Bonfim de Andrade y Raúl Scalabrini Ortiz. Su propósito es mostrar cómo estos intelectuales vincularon el concepto de revolución con los procesos encabezados por aquellos líderes otorgándoles con él una determinada densidad ideológica. Desde su perspectiva, ellos contribuyeron al uso de un concepto de revolución diferente, que no se relacionaba con levantamientos populares armados, ni con la destrucción de órdenes previos o la alteración radical de las jerarquías sociales, sino con la soberanía nacional, la justicia social y, para el caso del brasileño, la integración racial. De este modo, Rojas discute con aquellos estudios que han subestimado el papel de la ideología en los populismos clásicos o directamente plantearon que carecían de ella, entre los que menciona a Gino Germani, Torcuato Di Tella, Octávio Ianni y Ernesto Laclau. En palabras del autor, de esta manera “comprenderemos mejor la forma en que el populismo clásico se relacionó con la tradición revolucionaria latinoamericana, que comenzó en México en 1910, y que seguirían el aprismo peruano y los nacionalismos revolucionarios de Centroamérica y el Caribe desde los años veinte” (pp. 115-116).

El capítulo 6, titulado “Dos líderes del populismo cívico”, se concentra en este mismo análisis, pero para el caso de dos referentes que no estaban ligados a las fuerzas armadas: Jorge Eliecer Gaitán en Colombia y Eduardo Chibás en Cuba. Desde la mirada del autor, se trató de líderes caracterizados por pregonar un “socialismo democrático” al que podría considerarse como una rama específica dentro de las izquierdas latinoamericanas, debido a que en sus discursos dotaban de contenidos sociales al concepto de democracia sin abandonar los elementos liberales y representativos.

Por su parte, en el capítulo 7, “De la revolución democrática al militarismo progresista”, se afirma que durante los años cuarenta el concepto de revolución no sólo se afirmó en los populismos clásicos y cívicos, sino también en los procesos revolucionarios de Guatemala entre 1944 y 1954, y de Bolivia entre 1952 y 1964. Para Rojas, estos fenómenos deben ser estudiados como parte de la consolidación de la izquierda no comunista en América Latina y, a la vez, como evidencias de los intentos que se llevaron adelante para conducir cambios revolucionarios por vías democráticas.

Finalmente, la tercera parte reúne los últimos tres capítulos para referirse al ciclo cubano iniciado por la revolución de 1959, luego de que el golpe de Estado contra Jacobo Árbenz en Guatemala demostrara el agotamiento del nacionalismo revolucionario de raíz mexicana en América Latina. El capítulo 8, “El concepto de revolución en Cuba”, recorre los sentidos que ese término fue adquiriendo entre los líderes cubanos, principalmente el caso de Fidel Castro, en los que se atravesaron y combinaron elementos supraclasistas, republicanos, nacionalistas, populistas y de corte soviético. Además, se adentra en los debates que se desarrollaron en torno a las definiciones sobre las características y las fases del proceso revolucionario, y sobre sus políticas agrarias que pusieron en evidencia que se trataba de un proceso de características muy diferentes respecto del agrarismo latinoamericano típico del ciclo anterior.

En el capítulo 9, “Entre Guevara y Allende”, analiza las reconfiguraciones que la idea de revolución fue atravesando al calor de los combates enmarcados en la Guerra Fría. Para ello toma a la figura de Ernesto Guevara y sus planteos y actitudes alrededor de las nuevas guerrillas marxistas que no se encontraban alineadas de manera directa con la Unión Soviética. Y por otra parte, alude a la figura de Salvador Allende para adentrarse en las corrientes comunistas y socialistas que continuaban apostando a las disputas políticas en el marco del sistema electoral republicano.

El libro se cierra con el capítulo 10, titulado “Nicaragua y el ocaso de las revoluciones latinoamericanas”, en el que analiza a la revolución desarrollada en ese país en 1979 por el Frente Sandinista de Liberación Nacional. Desde su perspectiva, se trató de un movimiento con un sentido profundamente latinoamericano que hundía sus raíces en el México de 1910, se parecía en su forma a la Revolución Cubana de 1959 y contaba con un fondo programático conectado al

socialismo chileno. De todos modos, y más allá de estas características, las afirmaciones más contundentes que realiza el autor se refieren al proceso posterior. Sostiene que su derrota en 1990 significó el agotamiento de las modalidades no democráticas de la izquierda que recién volverían a ser reivindicadas a fines del siglo XX por los partidos políticos y los movimientos sociales opositores al neoliberalismo que llegarían al poder en distintos países. “Los símbolos e íconos del peronismo y el guevarismo, de la Revolución Cubana y la UP chilena, volvieron a circular dentro de los Estados y sociedades latinoamericanos. Y una vez más, la alternativa entre democracia y autoritarismo volvió a reinstalarse, decidiendo la trascendencia de unos y el ocaso de otros” (p. 245).

Analizada en conjunto, puede afirmarse que se trata de una obra de gran valía para lo que constituye el campo de la historia conceptual e intelectual, ya que desarrolla de manera entrelazada las diversas acepciones que el propio concepto de revolución fue adquiriendo a lo largo del siglo XX en el continente latinoamericano y su importancia en la formación de una tradición heterogénea y robusta. En este sentido, no le adscribe al término una definición unívoca, ni pretende desentrañar quién o quiénes podrían haberlo utilizado de alguna manera en particular, sino que recorre los distintos usos y debates que se desarrollaron a su alrededor, incluso entre personalidades y regímenes que tradicionalmente no han sido concebidos como revolucionarios, tal es el caso del getulismo en Brasil y el peronismo en la Argentina. De ese modo, se trata de un trabajo que despliega una notable erudición y capacidad de análisis que permite avizorar las conexiones entre las distintas ramas que componen el árbol de las revoluciones en América Latina.